

Tranquila está la mar; un pececillo  
 Brilla sobre las ondas,  
 Calienta al sol su cabecita de oro,  
 Y alegre el agua agita con su cola.

Entretanto, anhelante la gaviota,  
 Rápida sobre el pez cae desde el viento,  
 Y en el pico la presa palpitante,  
 Alegre se remonta hasta los cielos.

### EN EL FONDO DEL MAR.

Apoyado sobre el borde  
 Estoy del fuerte navío,  
 Y con soñadores ojos  
 Del agua el espejo miro.

Mis miradas se sumergen  
 Más y más en el abismo,  
 Y la luz veo primero  
 De un crepúsculo indeciso.  
 Poco á poco van brillando  
 Sus colores más distintos,  
 Cúpulas y torres surgen,  
 Y al fin, del sol ante el brillo,  
 Vieja villa neerlandesa  
 Llena de vida diviso.

Ancianos altos, envueltos  
 En negras capas, altivos,  
 Cadenas de honor al cuello

Y espadas luengas al cinto,  
 Por la plaza se pasean  
 Ante el vetusto edificio  
 De la casa de la villa,  
 En cuya pared, en nichos,  
 Emperadores de piedra  
 Sencillamente esculpidos,  
 Empuñando largos cetros  
 Y espadas, se alzan tranquilos.

No lejos, ante una fila  
 De mansiones cuyos vidrios  
 Entre la penumbra lucen  
 De piramidales tilos,  
 Se pasean las doncellas,  
 Cuyos semblantes divinos  
 Cual rosas, entre sus tocas  
 Negras, aparecen dignos,  
 Y cuyos rubios cabellos,  
 Aliñados con descuido,  
 Se arrollan en bucles de oro  
 En torno del rostro lindo.  
 Turba de hermosos galanes  
 A la española vestidos,  
 Miradas de amor les lanzan  
 Sonrientes y sumisos;  
 Matronas con largos velos  
 Y con briales sencillos,  
 Sujetando entre sus manos  
 Rosarios, cruces y libros,  
 Con cortos pasos al templo

Marchan, atento el oído  
 Al eco de las campanas,  
 Del órgano á los gemidos.

Con estos lejanos ecos  
 Siento henchirse de suspiros,  
 De tristezas misteriosas,  
 De deseos no sentidos  
 Mi pecho, apenas curado  
 De su dolor infinito.  
 Parece que mis heridas,  
 Presas de labios queridos,  
 Sangran de nuevo vertiendo  
 De sangre calientes hilos.  
 Rodando las tibias gotas  
 Una á una en el tranquilo  
 Y verde mar se sumergen  
 Buscando un viejo edificio  
 Que su alta fachada eleva  
 En el pueblo submarino,  
 Que solitario parece,  
 Y desierto y sin rüido,  
 Y en el cual de un balcón bajo  
 Sentada junto á los vidrios,  
 Apoya una niña hermosa  
 Su frente en su brazo nítido.  
 —«Te conozco, niña hermosa;  
 Yo te conozco, bien mío:  
 En el fondo de los mares  
 Por huir de mi cariño  
 Te escondió tu fantasía,

Ascender ya no has podido,  
 Y extranjera entre extranjeros  
 Vives hace más de un siglo,  
 Mientras que yo, traspasado  
 Por la pena, el pecho herido,  
 Anhelante por la tierra  
 Te buscaba, ¡ídolo mío!  
 A tí, ¡luz de mis amores!  
 A tí, ¡mi eterno cariño!  
 A quien por último encuentro  
 En mi desierto camino;  
 Te encuentro, y tu dulce rostro  
 Otra vez dichoso miro,  
 Y otra vez tus ojos veo  
 Luminosos y tranquilos,  
 Y en tus labios la sonrisa  
 Feliz otra vez diviso.  
 Ya jamás he de dejarte,  
 A tí me impulsa el destino,  
 Y sobre tu amante pecho  
 Gozoso me precipito.»—

Pero el capitán á tiempo  
 Me agarró por los tobillos,  
 Y en la cubierta arrojándome,  
 Con áspera voz me dijo:  
 —«Doctor, ¿estáis por ventura  
 Del demonio poseído?»—

### PURIFICACIÓN.

«Queda bajo las aguas,  
 Queda por siempre allí, sueño implacable  
 Que mi pecho otras noches  
 Con tus dichas fingidas flagelaste,  
 Y aun hoy, marino espectro,  
 Vienes en pleno día á atormentarme.  
 Queda bajo las ondas,  
 Yo te arrojo con todos mis pesares,  
 Y el gorro de Locura  
 Que bordan cascabeles resonantes  
 Que yo oí tantas veces  
 En torno de mis sienas agitarse,  
 Y el frío disimulo,  
 Esa de áspid horrible piel süave  
 Que envolvió tanto tiempo  
 Entre sus pliegues mi alma delirante;  
 Mi alma maldita, mi alma  
 Blasfema del Señor y de los ángeles.»

—«¡El viento, tended velas!»—  
Ante su soplo ya se hinchan flotantes,  
Sobre el traidor espejo  
De las aguas deslízase la nave,  
Y el alma redimida  
En gritos de alegría se deshace.

## LA PAZ.

Cercado de nubes blancas  
El sol en el cenit brilla,  
Y yo recostado en tanto  
Contemplo la mar tranquila.  
Cerca estoy del gobernalle;  
Mi mente loca, delira,  
Y entre mis sueños confusos  
Y mis confusas vigili-  
as,  
De Jesucristo la imagen  
Aparece ante mi vista.  
De blanca y flotante tela  
La imagen veo vestida:  
Es grande como un gigante,  
Y silencioso camina  
Sobre la fecunda tierra  
Y sobre la mar tranquila;  
Toca su cabeza al cielo;  
Con sus manos extendidas  
Bendice tierras y mares,

Y cual corazón que brilla,  
 Dentro de su pecho lleva  
 El sol, que al mundo ilumina;  
 Y este corazón ardiente,  
 Hogar de amor y de vida,  
 Derrama de sus fulgores  
 La luz brillante y purísima  
 Sobre la fecunda tierra  
 Y sobre la mar tranquila.

      Ecos hacia todos lados  
 De campanas que repican,  
 Atraen con su voz alegre  
 Y sonora nuestra quilla,  
 Que llega á una verde costa  
 Solitaria y escondida,  
 Donde los humanos viven  
 En una ciudad magnífica.

      ¡De la paz milagro! ¡Cómo  
 La ciudad duerme tranquila!  
 El rumor de los oficios,  
 La charla descomedida  
 De los negocios humanos  
 En el espacio no vibran;  
 Todo es quietud, y en las calles  
 Luminosas y sencillas,  
 Hombres vestidos de blanco  
 Llevando palmas caminan;  
 Y á tiempo que dos de ellos  
 En su marcha se divisan,

Con aire de inteligencia  
 Se contemplan y se miran,  
 Y de amor en un exceso,  
 En un trasporte de dicha  
 Se abrazan, y al claro cielo  
 Alzan la mirada límpida,  
 Hacia el corazón ardiente  
 Del Salvador, que los mira:  
 Corazón que es el sol claro,  
 Que vierte con alegría  
 La deslumbrante y preciada  
 Púrpura de su purísima  
 Reconciliadora sangre  
 Sobre la tierra dormida,  
 Y por tres veces exclaman  
 En un trasporte de dicha:  
 —«¡Bendito seas, oh Cristo,  
 Sea tu piedad bendita!»

## SALUDO DE LA MAÑANA.

¡Hurra! saludo humilde te envío, mar undoso,  
Te envío diez mil veces, con corazón gozoso,  
Cual saludaron tristes tus olas de zafir  
Aquellos corazones vencidos en la guerra,  
De aquellos diez mil griegos que, ausentes de su tierra,  
Presentes en la historia del mundo han de vivir.

Las ondas se agitaban, el céfiro gemía;  
De claridad rosada el sol al mar teñía;  
Bandadas de gaviotas huían con terror  
Lanzando agudos gritos; piafaban los corceles,  
Y un «hurrah» entre el crujido de lanzas y broqueles,  
De los helenos pechos se alzaba cor ardor.

¡Oh mar! yo te saludo, yo encuentro en tus rumores  
Un eco de aquel suelo que hollaron mis mayores;  
De mi niñez los sueños, ya muertos por mi mal,  
Ver creo entre tus ondas; las dichas ya pasadas,

Las conchas, los corales, las perlas sonrosadas  
Que guardan misteriosos tus cofres de cristal.

¡Cuánto en suelo extranjero mis ojos han llorado!  
Cual flor que ve secarse su cáliz perfumado  
Que el sabio en el estuche metió sin compasión,  
Hallando á sus deseos el universo estrecho  
Latiendo sin ventura en mi angustiado pecho  
Secábase aterido mi pobre corazón.

Ahora me parece que el lento invierno frío  
Pasé en cuarto malsano y fétido y sombrío,  
Y que al dejarlo ahora, contemplo el resplandor  
Del sol que alegre baña la verde primavera,  
Y que me miran creo con avidez sincera  
Los ojos perfumados de la sencilla flor.

Y escucho los suspiros de la extensión poblada  
Con árboles cargados de nieve perfumada,  
Que envuelve la distancia con su irisado tul;  
El éter leve miro que llora y que suspira,  
El orbe entero creo que ríe y que respira,  
Y que «hurrah» el ave canta en la extensión azul.

¡Oh corazón, que glorias como el guerrero griego  
Cobraste con tu huída! ¡Cuánto el amante fuego  
De las hermosas bárbaras te supo fastidiar!  
Los ojos con ardientes miradas me encendían,  
Con sus palabras falsas mi corazón herían,  
Con soñolientas cartas llegábanme á atontar.

En vano el fuerte escudo mis manos presentaban;  
Silbaban las saetas, los golpes redoblaban,  
Y al fin, desesperado del frío Norte, huir  
Me hicieron á tus playas, donde feliz reposo,  
Y «hurrah,» te digo, abismo libertador y undoso,  
Alegre yo saludo tus olas de zafir.

LA TEMPESTAD.

La tempestad sobre la mar se cierne,  
Y de las nubes la muralla negra  
Rasga veloz la chispa dentellada  
Que fulgura y se extiende en las tinieblas  
Como un trozo de espíritu arrancado  
De Kronión á la fuerte cabellera.  
Sobre la onda sombría y olvidada  
Ruge con largos ecos la tormenta;  
De Poséidon piafan los corceles,  
Que Bóreas engendrara con las yeguas  
De Ericthón descrinadas; y las aves  
Marinas la extensión rasgan inquietas,  
Cual las sombras de muertos que Caronte  
De la Stygia olvidada en la ribera  
Arroja de su barca misteriosa  
De míseros cadáveres repleta.

Allá abajo un navío desdichado  
A danzas bien difíciles se entrega;

Eólo le envió los más fogosos  
 Músicos incansables de su orquesta:  
 Uno, cruel, le punza; otro, con locos  
 Vaivenes retozones, le golpea;  
 Silba el uno; otro sopla; y el tercero,  
 Con los bajos, la música completa.  
 El piloto entretanto vacilante,  
 El gobernalle en la cansada diestra,  
 Con miradas atónitas, la brújula,  
 Del bajel, alma trémula, contempla,  
 Y tendiendo las manos hacia el cielo,  
 —«Salvadme,—dice con amarga pena;—  
 Tú, Cástor, caballero no vencido,  
 Y tú, Pólux, también glorioso atleta.»—

### EL NAUFRAGIO.

¡Esperanza y amor! todo  
 Me arrebató la fortuna;  
 Yo mismo, como un cadáver  
 Que el mar desprecia en su furia,  
 Yazco tendido en la arena  
 De la ribera desnuda.

Brilla ante mí de las aguas  
 La abandonada llanura;  
 Tras mi dolor y destierro  
 El día tan sólo alumbra,  
 Y por cima de mi frente  
 Las nubes el éter cruzan;  
 Hijas informes del aire,  
 Que del cielo hasta la altura  
 Con sus cubos de neblina  
 El agua elevan que impulsan  
 Al mar otra vez; tarea  
 Enojosa é importuna,

Inútil y fastidiosa  
Como mi existencia oscura.

Vuelan las aves marinas,  
Las verdes ondas murmuran,  
Viejos recuerdos me embargan  
Y olvidados sueños cruzan  
Ante mi vista extendiendo  
Sus visiones de ventura.

Hay en el Norte una hermosa,  
Hermosa como ninguna;  
Sus ropas voluptuosas  
De deslumbrante blancura,  
Su talle de ciprés ciñen  
Y entre sus pliegues circundan;  
Se escapan sus bucles, negros  
Como noche de venturas,  
De su frente, coronada  
De trenzas que se entrecruzan.  
Sobre su rostro, en que brillan  
Palidez, gracia y dulzura,  
Y en su pálido semblante,  
Que con su belleza abruma,  
Cual negros soles sus ojos  
Melancólicos fulguran.

¡Negros soles! ¡cuántas veces  
Encendisteis la fecunda  
Hoguera del entusiasmo  
En mi pecho sin fortuna!

¡Cuántas probé vacilante  
La inenarrable locura,  
La embriaguez misteriosa  
A que la pasión empuja!  
Pero entonces en los labios  
De tu boca roja y muda  
Volteaba una sonrisa  
Llena de infantil dulzura,  
Y de tus labios arqueados  
Fieramente, una tras una  
Brotaban frases graciosas  
Como la luz de la luna,  
Y suaves como el aroma  
Que la flor gentil perfuma,  
Y mi alma entonces volaba  
Del claro cielo á la altura.

Callad ondas y gaviotas;  
¡Esperanzas y venturas!  
¡Amor é ilusiones! todo  
Me arrebató la fortuna.  
Pobre náufrago, tendido  
Yazco en la arena desnuda,  
Apretando mi semblante  
Sobre las arenas húmedas.